

Teatro en porciones¹

Jesús Campos García

Nadie clama por nada. En el origen de cada discurso siempre hay un motivo; personal, si, pero no ajeno a la motivación que hace clamar a los demás. Ahí radica el carácter universal del arte, en que todos clamamos por las mismas cuestiones. La temática es zona compartida: nos inquieta la muerte, nos subleva la injusticia, nos excita el sexo; y así, mayores o menores, los temas que nos mueven conciernen igualmente –que no por igual- a todo ser humano. Otra cuestión es cómo los expresamos, la naturaleza del clamor.

Así, frente a la unanimidad en el origen, ya solo el empleo de las palabras nos subdivide; pues tanto su elección como la forma de articularlas varían en función de nuestra distinta formación, de nuestra distinta historia, de nuestro distinto entorno. Omito, por obvia, la subdivisión que se genera por el uso de las diferentes lenguas, y pongo el énfasis en los innumerables signos no verbales que forman parte de nuestra expresión artística, signos aprendidos, vinculados a nuestras emociones y que son la urdimbre con la que se teje nuestra memoria; porque es nuestra memoria, en definitiva, con su universo de signos compartidos, lo que nos hace grupo. Y aquí es donde la expresión artística, universal por su fondo, se nos muestra rabiosamente local (o grupal) por su forma: una contradicción intrínseca que dio, da y dará mucho juego político. O económico, que para el caso.

Ya los romanos consolidaron su imperio construyendo teatros a su imagen y semejanza. Hollywood no invento nada al inyectarnos en vena el modo de vida americano. Y es que, si la memoria común nos constituye en grupo, quien te injerta su memoria acaba censándote en “su” aldea global. En clave domestica, Franco lo tenía claro, se lo habían dicho los Reyes Católicos: España una y punto. “El pensamiento único” que ya proclamaba la Inquisición. Con un pasado así, pedir cierta coherencia podía parecer un imposible. Mas no lo fue y, si no en todo, en parte si se pudo.

¹ Artículo publicado en: *Las Puertas del Drama*, núm. 34 (2009), pág. 3.

La transición, sin apenas transición, transformo nuestra memoria imperial en memoria confederada. Recuperamos la intimidad, el modo natural de ser distintos, el gusto por lo próximo, la dimensión humana. Cierto que hay sacristanes en más de un campanario ensimismados en su propio paisaje, pero esos son los gajes de la Historia, con sus vaivenes, siempre de extremo a extremo. Quinientos años de absolutismo, justifican con creces unas décadas de mirarse el ombligo.

La cuestión es saber si, ahora que se ha conseguido el derecho a expresarnos desde nuestro universo local, vamos a saber situar nuestro discurso en ese otro espacio que igualmente se nos había negado: el de la humanidad. Doy por supuesto que más pronto que tarde encontraremos el modo de acomodar las fronteras internas, para que el estímulo a la creación que ha supuesto esta nueva realidad política no sea un impedimento para la libre circulación de las creaciones. Y aquí convendría hacer una salvedad: Madrid, mal que nos pese, centro del centralismo, y que sigue aireando su condición de rompeolas de las Españas, debería por el contrario plantearse que la libre circulación no sea impedimento sino para estimular al menos para no impedir la creación, pues como buen converso -más papista que el papa- reafirma su fervor autonómico ensalzando lo ajeno con detrimento de lo propio. Como son los políticos: que bajitos.